

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo XV



~“Obtener

¡Levántate, ahora mismo! —exclamó la lavandera, inclinándose sobre Lázaro y clavándole un dedo en el costado—. ¡Levántate, te digo, amo Lázaro! Lázaro despertó con un jadeo, agarrándose el estómago y, sin darse cuenta, agarrando también la mano de ella. Ella se soltó y lo regañó: — ¡Mírate ! ¡Manchaste la camisa nueva incluso antes de tu audiencia con mi Señor!

Lázaro se incorporó y miró su vientre manchado de vino. Al instante, se agarró la cabeza, hizo una mueca de dolor y se dejó caer de nuevo sobre la cama. «¡Dios mío! Todo da vueltas». —¡Oh, no, ni hablar! —ladró la lavandera—. ¡Dame esa camisa! Mi señor llegará pronto . ¡Ahora, levántate de ahí!

Lázaro gimió y se puso de pie con dificultad antes de apoyarse pesadamente contra la pared. Miró a su alrededor con cautela, como si quisiera ver la habitación con otros ojos. Luego se frotó los ojos y se pellizcó el puente de la nariz, comentando para sí mismo que Fray Odino nunca le había mencionado el lado perverso del vino.

“¿Hay un lado bueno en algo malvado?”, se quejó la mujer, apartando a Lázaro de la pared y acompañándolo hacia la mesa por un puñado de su camisa. “Sean hombres voladores o no, todos son iguales, absolutamente todos”. Lo hizo girar y lo detuvo en

lugar. —Hombres: purifíquenlos, denles de beber y purifíquenlos de nuevo —replicó ella, desabrochándole la blusa. Lázaro se estremeció y se llevó la mano a la cabeza cuando ella le bajó el brazo de un manotazo—. Quédate quieto; hay poco tiempo.

Suspiró y se giró para inspeccionar la mesa vacía, su único candelabro nuevo y la habitación ahora transformada; notó para sí mismo que no había ni rastro de comida, desorden ni derrame a su alrededor. Miró hacia la esquina. "¿Dónde está la rata?"

"¿Rata? ¿Qué rata?"

"Estaba justo ahí, en la esquina de la habitación", dijo, señalando.

—Sigues borracho —dijo ella, resoplando y sacudiendo la cabeza.

"¿Qué, de la comida?"

—Te lo quitaron esta mañana, mientras roncabas —declaró ella, sacándole el brazo de la camisa—. Y dejaste caer la mitad de la comida de mi Señor al suelo. Deberías avergonzarte; comportarte así, después de la amable acogida que te ha brindado.

"Fue el vino. No podía mantenerme en pie. No sabía que..."

Ella lo interrumpió, sermoneándolo: «Ya he oído muchas tonterías como esas; es culpa del vino, pero no tuya». Le quitó la blusa, la abrió sin apretar y la giró en ángulos para inspeccionar su color púrpura.

Lázaro se acomodó las alas y se rascó la cabeza. —¿Dices eso, señor D'Alcicourt ?

¿Que viene?

—Y de forma muy directa —ladró ella, girándose y alejándose de él—. Iba a suceder. Desde entonces; sin embargo, cuando se enteró de tu ignominiosa condición, te concedió un amplio margen para que te recuperaras, casi todo el día. —Frunció el ceño y se cubrió el brazo con la camisa mientras le gritaba—: No es frecuente que un invitado le haga esperar tanto. Podrías humillarte ante él y culpar menos al vino de lo que crees que merece. —La lavandera llamó a la puerta y salió sigilosamente.

Mientras Lázaro rodeaba la mesa y se sentaba en el banco, la puerta se abrió de nuevo. Tres guardias corpulentos entraron en la habitación y se alinearon contra la pared. Acto seguido, un joven de cabello oscuro y barba rala entró por la puerta y se detuvo bruscamente, fijando sus ojos verde claro en Lázaro. Su rostro parecía... Casi juvenil, y en marcado contraste con el resto de él; ya que era alto, bien proporcionado y tenía la estatura de un soldado curtido. Se desabrochó la capa y la colocó sobre el brazo de un guardia. Luego se ajustó el chaleco cruzado, sonrió y se acercó lentamente a Lázaro. —¿Lázaro Gogu, supongo? —Asintió. —Soy Lord Ceryce D'Alcicourt, Conde de Languenais, y señor de estas tierras. —Rodeó la mesa, frente a Lázaro—. He anticipado este momento contigo. —Estrechó su mano .

Con las manos en alto, miró el torso desnudo de Lázaro con aparente placer mientras decía: "Por fin nos conocemos".

Lázaro respondió con reverencia, haciendo una profunda y prolongada reverencia: «Señor, el honor es mío».

—En efecto, levántense, no es necesario —insistió con alegría.

Lázaro se incorporó y vio al noble que se acercaba. Oyó el tintineo de monedas sueltas bajo las vestiduras del hombre. Y vio cómo su túnica se abría brevemente, dejando al descubierto la empuñadura de una daga envainada.

D'Alcicourt suspiró y negó con la cabeza, añadiendo: "Debo presentar mis más sinceras disculpas por el maltrato que has recibido mientras estabas bajo mi custodia. Di órdenes estrictas de que No les ha ocurrido nada malo. Mis hombres fueron valientes; algunos murieron defendiéndolos. Si hubiera previsto semejante tumulto, habría enviado muchos más hombres.

Lázaro bajó la mirada.

D'Alcicourt respiró hondo, palmeó la mesa y sonrió. «Alabado sea Dios, aquí estás . Y ahora que estás a salvo, te aseguro que mis ejércitos y la autoridad divina de la Santa Sede, especialmente de esta provincia, están a tu disposición si los necesitas». Asintió. «Así que, supongo que todo te ha gustado, ¿verdad?: la ropa, el banquete... ¿y el vino?».

—En efecto —insistió Lázaro—, jamás había visto tanta comida en una mesa tan magnífica, ni vestimentas tan elegantes. Perdóname, mi Señor, por derramar el vino; perdí el equilibrio. Fue totalmente inesperado.

El señor lo despidió con un gesto de la mano mientras lo tranquilizaba: «Era de esperar, con todo lo que has pasado últimamente. Era una blusa demasiado brillante para ocultar una mancha». Chasqueó los dedos. «¡Ah! No te preocupes, mi criada trae otra en este mismo instante. Se necesita un tono mucho más oscuro , profundo como el crepúsculo». Suspiró y sonrió. «Y puesto que ahora estás entre blusas y medio desnudo, ¿quizás podrías mostrarme las partes más espléndidas de ti mismo , especialmente tus alas, si quieres?». Le hizo un gesto para que se girara. «Desplégalas para mí».

Lázaro obedeció, extendiendo brevemente toda su extensión antes de darse la vuelta y encontrarse con las miradas severas de los soldados y un brillo verdoso en los ojos de D'Alcicourt . El hombre aplaudió una vez y se llevó los dedos entrelazados a la barbilla. «Absolutamente asombroso; ¡qué alas tan magníficas tienes, Lázaro! Eres verdaderamente maravilloso». Señaló los bancos de la mesa y se acercó a ellos. «Ahora, si tiene la amabilidad de sentarse».

Cuando Lázaro tomó asiento a la mesa, el hombre se inclinó hacia él, abrió la boca ampliamente y simplemente murmuró: "Ahhh".

Lázaro obedeció el gesto tosco, abriendo la boca de par en par para D'Alcicourt.

El señor rió entre dientes y golpeó la mesa con la mano. «¡Y qué dientes tan grandes tienes! ¡Realmente maravillosos!». Se agarró el lóbulo de la oreja mientras se inclinaba para mirar la oreja de Lázaro. «Y debes tener un oído muy agudo, ¿verdad?».

—Sí, mi Señor —admitió Lázaro, sintiéndose algo incómodo por el interés prestado. sus rasgos poco varoniles. Se aclaró la garganta. “Si le place, ¿quizás podría compartir el motivo de su llamada?”

—Y así lo haré —afirmó D'Alcicourt, dejando de lado su entusiasmo para adoptar un tono más sereno—. Te convoqué con la esperanza de que pudieras ayudarme con una tarea en particular, un asunto que está dentro de tus capacidades, dado tu talento. “¿Qué tarea es esa?”

El noble respiró hondo y miró la mesa, reflexionando brevemente antes de tamborilear con el dedo sobre ella. «Quizás debería empezar por el principio, ¿no?» —Si quisieras compartirlo —replicó Lázaro con una sonrisa y un asentimiento.

“Muy bien, entonces. Mi hermano mayor era Lord Gildard D'Alcicourt, antiguo conde de Languenais. Su castillo está a muchas leguas al oeste de aquí; sin embargo, falleció hace ya varias temporadas, entre los vapores. Su esposa murió poco después, durante el parto, sin dejar heredero capaz de reinar; solo sobrevivió el niño. Gildard había previsto esta posibilidad, entre otras desgracias, al haber preparado ya un plan final. Testamento, legal y vinculante, para tratar precisamente tal situación. En él, decretó lo siguiente: si tuviera un hijo incapaz de administrar su patrimonio, entonces yo asumiría la administración hasta que el niño estuviera en plenas facultades. Además, dejó constancia de lo siguiente: si la niña es una niña, entonces yo la haría mayor de edad y la casaría con un dignatario adecuado antes de entregarles su patrimonio a ambos. Como se declara en un acta y ley jurada y registrada, estoy obligado, por mi vida, a cumplir su decreto, por lo cual, a mi muerte, la niña heredará la totalidad de su patrimonio, casada o no. La niña es mi sobrina, Endora D'Alcicourt, y apenas tiene edad para distinguir la pasión de la razón, o el bien del mal. Resulta que desde entonces ha caído en desgracia ante mí y se ha convertido en una bruja lasciva y codiciosa, exigiendo absurdamente que todas las antiguas tierras de mi padre le sean entregadas, tanto las de Gildard como las mías. En su manera intrigante, ha tomado la mano de Lord Friedrich Hugon, conde de Borbonaise; incluso un cerdo sería un mejor pretendiente que Hugon, el Carnicero Borracho. Sin embargo, convenció a Hugon para que impugnara el decreto final de mi hermano y, él Hugo presentó una petición ante las Cortes Reales mientras emprendía una campaña de incursiones, masacrando a mi gente mientras cultivaban los campos de las tierras de Gildard. En consecuencia, el Magistrado Real convocó a un arzobispo de la Sede para negociar. La Iglesia le pidió que respetara una tregua hasta que se resolviera el asunto. Sin embargo, Hugo rompió la tregua posteriormente. y sitiaron el castillo de Gildard, sin perdonar ninguna vida, ni siquiera las de los niños, ni siquiera

“¡Los niños !” , exclamó D'Alcicourt, golpeando la mesa con el puño.

Lázaro se sobresaltó.

D'Alcicourt aflojó el puño y se frotó los ojos con dos dedos. "Perdonen mi indignación". Respiró hondo y continuó explicando acerca de su esposa y su dama: “Lady D'Alcicourt y sus tres hermanos pequeños estaban en el castillo de Gildard cuando Hugon lo sitió. Sus hombres los mataron y quemaron sus restos junto con los cuerpos de mis soldados y campesinos. Ahora debo creer que Endora ha enviado sus condolencias y su palabra de que no estaban En el castillo cuando Hugon atacó. Sin embargo, Lady D'Alcicourt y sus hermanos siguen desaparecidos desde hace quince días.

D'Alcicourt se levantó bruscamente de la mesa y se dirigió hacia la pared antes de cruzar los brazos y apoyar la espalda contra las piedras. Asintió a Lázaro. «Y, últimamente, he recibido noticias de una relación muy diferente entre Endora y Hugon. Mi informante me ha dicho que Hugon mantiene a Endora cautiva, aparte de él, mientras duerme en la cama de Gildard. De esto, solo puedo deducir que le perdona la vida simplemente porque yo aún no he muerto. Y cuando yo muera —y entonces ella muera— él se levantará para protestar contra mi decreto final y obtener la posesión absoluta de toda la provincia de mi padre . Conozco su plan. Ya se ha jactado ante sus hombres de que atacará mi castillo, sin dejar a nadie con vida para contarlo». El Carnicero Borracho está reuniendo a su ejército contra mí mientras hablo.

D'Alcicourt se acercó a la mesa y se sentó, mirando fijamente a Lázaro. «Aquí es donde puedes prestarme un servicio solemne. Cientos de vidas —hombres, mujeres y niños— dependen de ti, Lázaro. Como cristiano que vuela, espero que cumplas con tu deber de servir a lo que es justo y recto en el santo nombre de Dios».

Lázaro se retorció y se preparó. Tragó saliva con dificultad y asintió.

D'Alcicourt se dirigió a sus guardias: «Recuerden su juramento: guardar el secreto; no digan nada de esto ahora». Los guardias asintieron y D'Alcicourt volvió a mirar a Lázaro. Se inclinó sobre la mesa y deslizó el dedo por la superficie, como si trazara un mapa invisible. «Al caer la noche, necesito que vuelen al castillo de Gildard y entren por la ventana central de la torre sur, que da a una escalera de caracol que sube al corredor superior . El corredor conduce directamente a las habitaciones principales del castillo . A la izquierda está la habitación de Hugon ; a la derecha, la de Endora . Como prisionera de Hugon , la puerta de Endora está cerrada con llave desde fuera; y ningún guardia tiene permitido el acceso al corredor».

Lázaro se apartó un poco y negó con la cabeza, suspirando profundamente.

D'Alcicourt agitó una mano para calmarlos: «¡No, no, no te preocupes! ¡Escúchame; nadie te descubrirá! Hugon coloca a sus guardias interiores solo en la base de la escalera y no te encontrarán.

Espere entrar por la ventana más alta. Además, volará desde la parte trasera del castillo, que se extiende sobre un acantilado escarpado, sin necesidad de guardias. Su ejército custodia el frente y los costados del castillo; y sus ojos cubrirán los terrenos, no los cielos. Puede volar dentro y fuera sin llamar la atención ni mencionarse su nombre. D'Alcicourt se apartó de la mesa, le ofreció a Lázaro las manos abiertas y sonrió. «¿Lo ve? Es una tarea demasiado sencilla para un hombre que puede volar durante media noche sin descanso. El Señor ha bendecido verdaderamente a mi pueblo con tu inesperada presencia, Lázaro. Le estarán eternamente agradecidos».

—Mi señor —dijo Lázaro, aclarándose la garganta—, tal vez usted malinterprete mis habilidades. Puedo volar media noche sin descanso; sin embargo, no puedo cargar con otra mientras vuelo; eso me supera.

—No espero que cargues con nadie, a ningún sitio. —D'Alcicourt desenvainó su daga y la clavó en la mesa—. ¿Es una carga demasiado pesada?

Lázaro entrecerró los ojos al mirar la hoja de empuñadura negra. «Entonces, supongo que no me pides que salve a Endora».

Alzó la vista y vio a D'Alcicourt sacudiendo la cabeza y diciendo: «No te corresponde a ti salvarla, Lázaro. Solo la gracia del Señor Todopoderoso puede hacerlo». Se inclinó y golpeó con un dedo la empuñadura del cuchillo. «Esto es todo lo que necesitas llevar; es ligero como una pluma y afilado como el ojo de un halcón. Tómalo».

—Señor, no lo necesito —replicó Lázaro.

—No; uno no puede confiar solo en la fuerza. Hugon es un hombre corpulento. Ahora, llévatelo contigo, sin dejar nada al azar. —D'Alcicourt señaló a Lázaro con el dedo y le guiñó un ojo. “Es grande; pero no te preocupes. Como cada noche, estará borracho y durmiendo solo. No despertará con pasos suaves. Así que, sé rápido y limpio; y asegúrate de que no respire más. Deja la daga con él para que sus hombres lo encuentren muerto por mi propia espada. Luego debes salir por la misma ventana de la torre y volar de regreso a mí. esperaremos su regreso sano y salvo.

Lázaro negó con la cabeza. “Sin embargo, mi señor, vi a tu ejército fuera del castillo. Era grandioso. ¿Cómo puede Lord Hugon derrotar a semejante número de tropas si las colocas en defensa de tu castillo? Quizás, si haces esto, no se derramará sangre.

D'Alcicourt negó con la cabeza. «No era mi ejército el que se había reunido a las puertas, sino una turba indisciplinada e indeseable. Cuando la noticia se extendió por toda la provincia, vinieron a por ti. En verdad, mis filas leales se han reducido considerablemente y, en su mayoría, permanecen dentro del castillo. Y a diferencia de mí, Hugon dirige un ejército considerable, quizás incluso mayor que la turba que viste. En definitiva, tengo poca defensa si ataca.» El pueblo, fuera del castillo, será el primero en caer. Como es su costumbre, perdonará.

ninguna vida.”

Lázaro examinó la mesa, sopesando las opciones. «Entonces, tal vez puedas alejar a tus aldeanos y soldados del peligro, como lo hizo Moisés con su pueblo; y no se derramará sangre ...»

—No, Lázaro —interrumpió—, no soy Moisés, ni esta es una tierra lejana de antaño. Soy un vasallo y siervo del rey, un simple señor, y estas son mis tierras y mi gente. No tenemos adónde ir. Nacimos en esta tierra, la trabajamos y seremos enterrados a la sombra de nuestros antepasados; este es nuestro hogar. Si ordeno a mi pueblo que abandone todo lo que le es querido y permito que Hugo quemé sus hogares y profane las tumbas de sus padres, hermanos e hijos, que murieron a sus manos, entonces se volverían contra mí, aldeanos y soldados por igual. Y no podría reprochárselo .

Miró fijamente a través de las paredes, sopesando qué más podía hacer. «Señor, si tiene tan poca gente, ¿por qué necesita la misma cantidad de tierra que cuando tenía mucha? Quizás podría hacer las paces con él ofreciéndole una porción de tierra que ya no necesita. Y quizás podría enviar al obispo para que negocie el acuerdo y libere a Endora. Y sin derramamiento de sangre...»

«Nadie puede negociar con Hugon. Desea todas mis tierras —y mi cabeza— y no se conformará con menos; está más allá de la razón. Además, el obispo ha huido, dejándome solo con un hombre alado y una daga.»

“¿Huyó? ¿Por qué huyó Su Eminencia?”

D'Alcicourt contuvo el aliento y sonrió secamente. Puso los ojos en blanco, entrelazó los dedos y explicó, casi a regañadientes: «Bueno, porque insistí en que concertara otro tipo de acuerdo: uno que implicara una especie de investigación informal, que, según entendí, podría servir para sofocar la creciente sospecha y calmar las preocupaciones de mi gente». D'Alcicourt miró severamente a los soldados que estaban contra la pared, quienes asintieron con una mirada sincera.

Lázaro preguntó: «La investigación era sobre mí, con Su Eminencia y el escriba, ¿verdad?»

D'Alcicourt asintió. «Por mi gente, necesitaba un representante de la Iglesia que proclamara que usted no es el Diablo, sino un simple hombre alado». Se aclaró la garganta ruidosamente. «Durante su larguísima estancia en el castillo, y bajo constante vigilancia para su seguridad, cabe destacar, encontró tiempo para informarse sobre nuestra delicada situación. La causa está ahora clara, ¿no?».

Lázaro apartó la mirada.

D'Alcicourt continuó: «Sin embargo, huyó a Aviñón con sus preocupaciones». Se encogió de hombros. «No tenía otra opción. No podía permitir que ordenara que te quemaran en la hoguera».

Lázaro hizo una mueca. «¿Su Eminencia quería quemarme? Sin embargo, me encontró siendo un hombre volador. Solo el escriba dijo lo contrario».

“No importa; no te molestarán más. Estás bajo mi protección; y mi pueblo ahora está tranquilo con un simple cristiano volador en medio de ellos.” Se volvió hacia el Los guardias, que estaban apoyados contra la pared, les preguntaron: “¿No es cierto?”. Respondieron al unísono: “Sí, mi Señor”.

—¿Acaso me consideras un demonio? —le preguntó Lázaro.

—Importa —respondió con un rápido giro de cuello—, lo único que importa es que estés a salvo.

“Si me lo permites, mi Señor; me importa.”

D'Alcicourt suspiró y negó con la cabeza. “Muy bien; confesaré que, al principio, cuando uno de mis soldados envió noticias de su captura, creí que usted podría... eh, que tal vez podrías haber sido... el Diablo, capturado.” Se encogió de hombros. “Su recuerdo Tu descripción era bastante pintoresca, por decir lo menos; me hizo verte, una cabeza más alto que el más alto de mis hombres, con alas monstruosas de dragón y dientes tan grandes que podrían devorar incluso una vaca. Eran meras palabras vacías; pura palabrería, como he aprendido tras tu breve estancia. Pasó una mano a Lázaro en señal de respeto y se rió entre dientes. «Mírate. No eres el Diablo, ni ningún Diablo , simplemente un hombre volador».

Lázaro ladeó la cabeza. «Pero si me considerabas el Diablo, ¿por qué me dejaste entrar en tu casa?»

Se miraron fijamente a los ojos.

D'Alcicourt se levantó bruscamente, juntó las manos detrás de él y comenzó a caminar de un lado a otro mientras seguía... con un ojo puesto en Lázaro. Entonces se detuvo bruscamente y giró sobre sus talones para quedar completamente frente a Lázaro, diciendo: “Sí; ¿y por qué un hombre temeroso de Dios como yo invitaría todo lo que es impío, como el ¿El mismísimo diablo, en su propia casa? —Sonrió, se apoyó ligeramente contra la pared y elogió a Lázaro—: «Dominas la disciplina del diálogo y dejas poco espacio para la palabrería. Me parece que superas incluso al obispo en discurso y discordia». —Tomó aire y adoptó una postura más sincera—. Sin embargo, no fue una decisión tan difícil para mí, ya que no tenía más remedio que insistir en una audiencia. Contigo. Si fueras el Diablo, como afirmaban mis soldados, entonces deduje que estarías dispuesto a ofrecerme una especie de pacto y tal vez brindarme opciones que no están a mi alcance.

Lázaro le preguntó, con creciente aprensión en su voz: “¿Qué clase de... eh, si me permite... qué clase de pacto?”

“Sin duda, un acuerdo que salvaría la vida de mi pueblo, a cambio de la mía, por supuesto”, admitió D'Alcicourt, volviendo a sentarse frente a Lázaro.

Lázaro se aclaró la garganta y declaró solemnemente: «Quizás el Diablo se lleve algo más que tu vida, mi Señor. ¿Qué será de tu alma?».

El hombre asintió. “Sí; mi alma, a cambio de derrotar a Hugon y proteger para siempre mis tierras y mi gente de carniceros como él. Juntó las manos delante de él. Y sonrió, exclamando con júbilo: «Sin embargo, por la gracia de Dios, el pacto no se llevó a cabo, ya que usted no es el Diablo, sino simplemente un cristiano alado que también puede salvar a mis hermanos cristianos de la vil propagación de Hugon». Agitó los puños hacia el techo y gritó con alegría: «¡En el nombre de Cristo , mis oraciones han sido respondidas por su gracia divina: un hombre alado que puede librarnos del Diablo, que es Hugon, y proteger a mi buen pueblo de su creciente maldad! En verdad, el Señor obra de maneras maravillosas». Se volvió hacia sus soldados. «¿No es así?».

—Sí, mi Señor —respondieron con reverencia.

Lázaro apretó la mandíbula y cerró los ojos brevemente, sopesando el momento en su mente. «Sin embargo, insistes en que le quite la vida a otro hombre».

D'Alcicourt frunció los labios y asintió. “A pesar de las buenas y piadosas intenciones De tal empresa, supuse que podrías tener reservas.” Metió la mano en su chaleco y sacó una bolsa que tintineaba. “También estoy dispuesto a ofrecerte una generosa compensación.” Sacudió la bolsa. “Treinta y tres piezas de oro genovés deberían disipar tales preocupaciones, ¿no?” Aflojó las correas de la bolsa y vertió las pesadas monedas de oro sobre la mesa entre ellas, añadiendo: “La mayoría de los hombres nunca ganan tanto en toda su vida; sin embargo, todo será tuyo a tu regreso sano y salvo. Soy un hombre de honor y mi palabra es genuina.” Sonrió y se inclinó hacia Lázaro, preguntando: “Ahora bien, ¿qué te parece el salario de toda una vida por el trabajo de una sola noche ?” D'Alcicourt arqueó las cejas y esperó la respuesta de Lázaro .

Lázaro dirigió una mirada cautelosa entre la daga boca abajo, con la punta clavada en la mesa, y el montón de oro parcialmente brillante que yacía a la sombra del cuchillo. Negó con la cabeza y se dio la vuelta. «No todo se puede intercambiar, mi señor». Lo miró y alzó las manos con aparente confusión. «Dijiste que estabas dispuesto a ofrecer tu alma, cuando no te pertenece; y ahora insistes en que le quite la vida a un hombre, cuando no me corresponde». Bajó las manos al regazo y suspiró. «Perdóname, Señor; en mi sano juicio, no puedo hacer lo que me pides ».

El rostro de D'Alcicourt se ensombreció. Apretó la mandíbula mientras guardaba las monedas en su monedero. Ajustó las correas, deslizó el monedero bajo su chaleco, entrelazó los dedos sobre la mesa,

y miró fijamente el rostro de Lázaro . Luego rompió el breve silencio y le preguntó: «Lázaro, ¿has oído alguna vez la historia de los tres profetas y la serpiente?».

—No lo he hecho —admitió Lázaro.

—Entonces debo contártelo —dijo , acomodándose mejor en su asiento. Miró por encima del hombro de Lázaro como si contemplara un punto lejano—. Sucedió así ...

Había una vez tres hermanos dotados de dones proféticos de Dios. El mayor era ciego, pero tenía un oído muy agudo; podía oír cualquier forma de maldad desde las mayores distancias. El hermano del medio tenía una vista excepcional; podía ver cualquier posibilidad y, gracias a ella, cambiar el curso del destino. Y el hermano menor era un hombre de pocas palabras, pero poseía una lengua extraordinaria, de tal manera que podía hablar con los ángeles.

Una mañana, los dos hermanos mayores prepararon un buen banquete y; dado que el más pequeño vivía aparte de ellos, se pusieron en marcha para buscar a su hermano. un pueblo cercano. Mientras caminaban por el único sendero transitado entre los dos pueblos, el hermano ciego se detuvo y advirtió: «Oigo la presencia del mal en la siguiente colina; es una serpiente astuta, al acecho».

El hermano mediano buscó en el camino y respondió: "Sí, es así".

Sin embargo, veo un camino sinuoso a través del bosque, uno que nos llevará sanos y salvos a la aldea de nuestro hermano.

El mayor se quejó: «No conozco el bosque ancho como el camino recto y angosto.

Quizás podríamos seguir adelante y matar a la serpiente antes de que ataque».

Preocupado por la serpiente, añadió: «Pero como soy ciego, esperaré aquí mientras la matas».

Igualmente temeroso de la serpiente, el otro respondió: «Quizás no deberíamos matar a una de las criaturas de Dios, pues Él nos ha bendecido con sentidos agudos para evitarla. Y puesto que eres ciego, podría morderte mientras lo intento». Ambos estuvieron de acuerdo, encontrando buenas razones para evitar la serpiente por completo; y se internaron en el bosque, camino al pueblo.

Esa tarde, los tres hermanos regresaron por el camino del pueblo, eufóricos por el próximo banquete, sin ser conscientes de lo que les esperaba. De repente, la serpiente saltó y atacó el talón del menor. Los dos hermanos mayores lo llevaron rápidamente a un lugar seguro y lo atendieron bajo una higuera. Después , cada uno culpó al otro de la desgracia de su hermano menor.

El hermano mediano reprendió al mayor: «Sabías que la serpiente estaba en el camino, pero a nuestro regreso no le hiciste caso. ¡Ahora nuestro hermano está enfermo!».

El hermano mayor reprendió al del medio: «Y sabías que la serpiente También estaba en el camino, ya que te negaste a matarlo cuando te lo pedí. ¡De tí! ¡Ahora, nuestro querido hermano está al borde de la muerte!

Entonces, el más joven gritó en lenguas y asustó a los hombres hasta hacerlos callar. Les dijo que un ángel le había hablado, diciendo: «Era Dios, quien puso la serpiente en el camino, para saber quién es digno de andar por él. Y puesto que bendijo a tus hermanos con una Tenían un agudo sentido para conocer el Mal, pero no mostraron urgencia ni deber de eliminarlo; Declaró, de ahora en adelante, que la serpiente se convertirá en como un dragón bajo los pies, atacando los talones de cada aldeano, hasta que sea abatido.

Al oír esto, los dos hermanos se pusieron de pie de un salto y golpearon la maleza, persiguiendo a la serpiente por el sendero hasta que finalmente la mataron. Y como testimonio, llevaron su cadáver a la higuera, solo para encontrar a su hermano muerto.

Con los codos ahora apoyados en la mesa y los dedos aún entrelazados, D'Alcicourt estudió el rostro de Lázaros con atención mientras explicaba: «Como sucedió con los tres hermanos, su falta de deber al matar al mal se convirtió en el mal mismo que mató a su hermano. Y así como la serpiente vive solo para atacar y arrebatar a todo hombre bueno; Asimismo, Hugon hace lo mismo.» Dio unas palmaditas suaves en la mesa. «Escúchame, Lázaros; solo tú puedes acercarte a la serpiente y matarla. Si te niegas, cientos de hombres, mujeres y niños buenos perecerán. Y Hugon seguirá matando hasta el fin de sus días. Como hombre de Dios que vuela y siervo de su Buen Ejército, debes reconocer tu Un don extraordinario y un deber primordial: salvar a su pueblo del mal. ¿Me entiendes? Es tu deber divino en este día.

Lázaros resopló y se dio la vuelta cuando D'Alcicourt se acercó bruscamente para tranquilizarlo . «No, escúchame bien, Lázaros. Mata a este demonio, Hugon, y te nombraré gobernador personal del castillo y las tierras de Gildard, proporcionándote un ejército considerable para que gobiernes la región. A partir de ahora, no te faltará de nada por el resto de tus días. Todo esto te lo daré por algo que puedes lograr fácilmente en tan poco tiempo. Mi palabra es vinculante mientras vivamos, mientras me sirvas».

—Sin embargo, me pides que mate —interrumpió Lázaros, sin dejar de mirar la daga—. Quizás haya...

¿Otra manera, un acuerdo justo y apropiado entre ustedes dos? Se inclinó hacia adelante, insistiendo: "No puedo quitarle la vida a este hombre, Lord D'Alcicourt; simplemente no puedo". El noble golpeó la mesa con el puño. El cuchillo cayó de lado. «¡Por Dios!», exclamó, poniéndose de pie. «¿Acaso no tienes ningún sentido del deber ni compasión por tus hermanos cristianos?».

Lázaro bajó la mirada en humilde respuesta; "Si le place, mi Señor; en los mandamientos entregados por Moisés, es un pecado grave quitar la vida a otro hombre. Es También escrito: No temas a quienes pueden matar el cuerpo, pero no el alma. Teme solo a quienes pueden destruir ambos. ¿Cómo puedo mostrar deber o compasión por mi prójimo y matarlo? ¿En el mismo? ¿Cómo puedo servir a Dios y negar su ley en el mismo?"

D'Alcicourt se volvió hacia sus guardias, alzó los brazos y los dejó caer. Los miró, claramente estupefacto. "¿Qué señal es esta? ¿Que acaso estoy afligido por una maldición?" Estrechó una mano hacia Lázaro mientras se quejaba ante ellos; "Está aquí mismo, en mi propio castillo, la respuesta a él. Este único par de alas puede detener al demonio Hugon, cuando todo mi ejército no puede. ¿Cómo es posible que haya tenido la fortuna de encontrar a un hombre volador, solo para descubrir que el celo de su fe lo vuelve inútil frente al Mal?" Miró al techo. "¡Dios mío, he perdido a tanta gente buena hasta ahora!"

¿Acaso esto es una prueba para Job? —preguntó a sus soldados con incredulidad—. ¿Puede haber un presagio mayor para un pueblo que este? Los soldados bajaron la mirada.

D'Alcicourt golpeó la mesa con las palmas de las manos y se inclinó hacia Lázaro, refunfuñando: «Muy bien, entonces. Por tu culpa ya he perdido muchos soldados capaces, mucha comida y provisiones, y un tiempo precioso. ¡Y con el inminente ataque de Hugon, no podía permitirme perder a ninguno de ellos!».

D'Alcicourt continuó con calma: «Sin embargo, dado que estas pérdidas provienen de mis propias decisiones, no tengo más remedio que aceptarlas. Después de todo, no puedo, con razón, despreciar tu buena fe contra mi propia voluntad; sin embargo, esta decisión recaerá sobre ti, pues trae una muerte segura y terrible a cientos de cristianos; en su mayoría mujeres, niños y ancianos». Luego, señaló a Lázaro con un dedo acusador. «¡Y que la Historia recuerde para siempre que un solo y egoísta hombre volador —Lázaro Gogu— los mató a todos con su poderosa espada de autosuficiencia!». Tomó la daga de la mesa y la envainó, añadiendo, con una mirada de desdén: «¡Una espada de tal magnitud, de tal calibre, que ni siquiera necesita ser blandida para matar a miles!». Se dio la vuelta y se dirigió furioso hacia la puerta, gritando desde afuera: «¡Guardias!».

De repente, la puerta se abrió de golpe cuando Lord D'Alcicourt y sus soldados abandonaron la habitación, dejando a Lazarus reflexionando sobre las posibles obligaciones y expectativas subsiguientes, que

podría acompañar a cualquier hombre volador cristiano prescrito.

~*~

Fuera de las murallas del castillo, el manto de la noche se extendía desde el este; y el sol poniente proyectaba sus últimos rayos para marcar otra noche más desde la captura de Lázaro. A través del cielo, las primeras estrellas del crepúsculo perforaban las tenues nubes y su manto carmesí del atardecer. Y sobre la tierra de largas sombras y hondonadas soñolientas, al oeste del castillo de D'Alcicourt y a menos de una legua a través de campos sombríos y bosques de brea, un ejército listo de quizás tres mil jinetes y soldados de infantería se alineó en el lecho rocoso de un barranco serpenteante. A la cabeza de la columna sinuosa, un corpulento caballero iba sentado en su silla de montar. Con la visera del casco levantada, se ajustaba las protecciones de la armadura sobre los puños y los antebrazos: era Hugo de Borbonaise. Dos caballeros a caballo lo acompañaban.

A la izquierda de Hugon, un caballero señaló hacia arriba, hacia el barranco y hacia una curva. «Mi señor, él regresa».

Hugon dirigió su atención a un explorador que avanzaba, guiando a su corcel por un terraplén empinado hasta el fondo del barranco. Luego, el caballo estallaba al galope mientras Hugon se preguntaba en voz alta: «¿Y el diablo de D'Alcicourt no ha matado al muchacho?» . Miró con recelo a sus dos caballeros. «Es un buen presagio, o un gran mal, bien disimulado». Observó al explorador que avanzaba apresuradamente e informó a sus hombres: « Lleva algo consigo; estad preparados». Los dos soldados empuñaron sus espadas y observaron el acercamiento del joven . El explorador sostenía un fardo de tela en una mano, apretándolo firmemente contra su costilla.

El soldado que estaba a la derecha de Hugon preguntó: "¿Quizás esté herido?".

Hugon negó con la cabeza. "Está demasiado erguido para semejante herida; y su corcel cabalga fuerte." Prepárense para el engaño, o para el velo del mismísimo diablo. Mientras el explorador avanzaba, los dos caballeros bajaron sus viseras y desenvainaron sus espadas. Hugon permaneció sentado, impasible.

El explorador aminoró la marcha, su corcel resoplaba con fuerza.

Hugon hizo referencia a su tardanza. "El castillo no está en el Reino de Inglaterra, muchacho".

—Perdóname, mi señor —dijo el explorador, sin aliento—. El sirviente era anciano y llegó tarde. Fue una larga caminata desde el castillo hasta el linde del bosque para él.

“¡Dilo ya! ¿Qué dice el criado?”

El explorador acercó su corcel a Hugon, se inclinó sobre su montura, recuperó el aliento y susurró: «Vuestro astrólogo dice la verdad sobre sus visiones, mi señor. En verdad, Lord D'Alcicourt ha capturado a un demonio alado. Lo cuida bajo estricta vigilancia, en una de las celdas del corredor inferior, recibéndolo como un huésped distinguido. Además, el obispo ha...»

emitió un decreto formal, por autoridad de la Santa Sede, afirmando que se trataba de un hombre volador cristiano; sin embargo, el obispo ha desaparecido desde entonces. El sirviente también dio su palabra, diciendo: que si atacas el castillo lo suficientemente pronto, entonces las defensas del señor D'Alcicourt no estarán preparadas". El muchacho asintió. "Creo que dice la verdad, mi señor. No vi el castillo bajo fuerte vigilancia. Además, los campesinos permanecen en el pueblo y no muestran preocupación. Y no vi ninguna patrulla a lo largo del linde del bosque ni más allá ; nada, salvo una liebre en el bosque.

Hugon asintió hacia el paquete que el explorador sostenía en la mano. "¿Así que has cazado una liebre para mí?"

—¡Oh, no , mi señor! —replicó el explorador, entregándole el paquete a Hugon—. No me detuve por nada. Es un obsequio del sirviente, quien recibe con agrado su visita. Es una muestra de su aprecio y lealtad. Se aseguró de incluir suficiente para usted y los demás, y dijo que tiene un banquete preparado para usted y sus hombres.

Hugon sopesó el paquete en su mano antes de desplegar la tela para revelar capas de cerdo en rodajas. Olió la carne y asintió antes de preguntarle al explorador: "Un buen bocado". Antes de la batalla, ¿qué opinas?

—Sí, mi señor; un bocado exquisito, por lo que veo —reconoció el joven con una sonrisa—. Y preparado en la cocina de vuestro enemigo . Buscó en los dos caballeros de Hugon alguna señal de alegría compartida, pero solo encontró miradas severas. Ellos envainaron sus espadas.

Hugon le respondió al muchacho: «Exactamente, como dices : comida de mi enemigo». Volvió a doblar la tela y le arrojó el paquete. «Así que come hasta saciarte».

El chico tragó saliva con dificultad. "¿Mi Señor?"

«Tú conoces a este buen siervo mejor que nadie aquí, pues lo has visto, has hablado con él y lo has mirado directamente a los ojos. ¿Acaso no has comprobado que es de buena fe?»

“Sí, pero me dijo que el regalo era específicamente para ti, que no comiera carne durante el camino.”

“Pero no estás en tu camino, puesto que ahora estás aquí conmigo. Y dijo que había de sobra para los demás, ¿verdad?”

“Sí, mi Señor.”

“Entonces os ofrezco carne y un buen desayuno antes de la batalla. ¡Comed!”

El caballero a la derecha de Hugon se quejó: «Es solo un muchacho, mi señor. Ha obedecido todas sus órdenes».

El soldado a la izquierda de Hugon replicó al otro: “Si hubiera obedecido todas las órdenes de mi señor, el muchacho estaría ahora mismo masticando su carne, ¿no?”.

—En efecto —asintió Hugon—. ¡Come la carne, muchacho! ¡Come hasta saciarte!

El caballero a su derecha puso los ojos en blanco y se dio la vuelta; mientras el caballero de la izquierda se reía y se relamía los labios mirando al explorador. El joven abrió la tela y devoró el

ofrenda.

Hugon se giró para mirar por encima del hombro mientras observaba el último resplandor de un sol poniente. Cristo, Su Santidad, y mi buen astrólogo, con su Plato Lunar, el Destino está con nosotros. Se volvió hacia sus caballeros. «Y cuando las tierras de D'Alcicourt se unan bajo mi estandarte, ambas regiones se convertirán en una sola gran provincia, dedicada únicamente a servir a la voluntad de Dios como un poder firme e inquebrantable en la defensa de Francia por parte de Su Majestad ». Hugon dirigió su corcel hacia la puesta de sol, inspeccionó su ejército y dio órdenes al caballero a su derecha. «Quiero que se asegure de que los carros de municiones estén bien sujetos para un avance rápido. Espero que sus hombres coloquen la línea de carros de asedio antes de que los arqueros de D'Alcicourt estén en lo alto de las murallas. Al mismo tiempo, deberá tener los arietes en posición.» Entonces ordenó al caballero a su izquierda: «Haz que tus hombres despejen la aldea y empujen a los campesinos hacia el castillo, manteniéndolos a una distancia prudencial de los arqueros de D'Alcicourt , mientras una parte de tus soldados más fuertes refuerza el asalto a las puertas. Ahora, informa a las filas que avanzamos».

Después de que los dos capitanes de Hugon huyeran de su lado, giró su corcel y observó al explorador, que se esforzaba por tragar un bocado de carne. Chasqueó los dedos y saludó con la mano, y El joven accedió a su gesto, dobló la tela y entregó el paquete. Hugon guardó el bulto en la alforja de su silla de montar y despidió al soldado. «Únete a las filas, muchacho».

El explorador tiró de las riendas y espoleó a su caballo.

Ahora solo, pero con un ejército a sus espaldas, Hugon miró al oscuro cielo oriental y murmuró para sí mismo: «Las malas acciones no quedan impunes, D'Alcicourt. Puedes tener al Diablo entre tus piernas; sin embargo, yo te quitaré la cabeza, como Dios te quitará el alma». Se inclinó sobre el costado de su corcel, se sonó las fosas nasales y se acomodó en la silla. Así, entre las paredes cubiertas de raíces de un lecho de río seco, el ejército de Lord Hugon se preparaba para avanzar. Las bestias resoplaban y los soldados gritaban órdenes, mientras el incesante y resonante ruido de las armaduras y las armas acompañaba el constante chillido de los insectos vespertinos.

~*~

Como una araña que se enrosca sobre su presa vespertina, el Tiempo enrolló los cielos moribundos en un capullo de oscuridad, solo para desplegar los cielos transmutados en el resplandor de otro amanecer. Al salir el sol rojo, disolvió cada sombra larga y persistente, suavizando los ángulos afilados de las murallas del castillo de D'Alcicourt, escasamente defendidas. Y en las entrañas del

Fortaleza de piedra, sellada tras una tosca puerta, donde Lázaro permaneció como huésped destacado y prisionero bajo estricta vigilancia.

Eljo caminó hasta el rincón de la habitación donde recordaba la rata muerta. Se agachó, pasó el dedo por las losas y la olió, descubriendo solo leves rastros de polvo y vino. Se puso de pie, perplejo, y buscó en los otros rincones de la habitación, suponiendo que podría haber visto el cadáver en otro lugar sin darse cuenta; sin embargo, estaban igualmente vacíos. Apretó la mandíbula y se preguntó sobre aquel extraño recuerdo. En sí misma, la idea de una rata muerta no le preocupaba demasiado. Lo que realmente inquietaba a Lázaro era que, por primera vez, descubrió que su percepción de la realidad recordada ahora estaba en conflicto con la Verdad. En todos sus días, dentro de las catacumbas de la Abadía, siempre había percibido y sentido las cosas por lo que eran. Si oía un ruido, entonces el sonido era real y tenía orígenes definidos. Si veía un movimiento por el rabillo del ojo, entonces realmente había una variación de luz y sombra, que creaba la imagen del movimiento. Si percibía la presencia del Bien o del Mal, siempre había un artículo cercano o una revelación posterior que justificaba ese sentimiento. Y puesto que sus recuerdos nunca le habían fallado, audazmente reforzados por su capacidad de retener cada palabra e imagen de cada tomo, de todo un scriptorium—”

Suspiró profundamente y se dirigió a la mesa, restándole importancia al misterio de la rata muerta, y se echó el pelo hacia atrás.

Aguzó el oído hacia la tosca puerta, oyendo nuevos ruidos afuera. Finalmente, los sonidos del accionamiento del pestillo metálico de la puerta precedió a la entrada de la misma lavandera, que ahora llevaba un paño negro cubriendo su brazo.

Lázaro sonrió, pero ella no le devolvió la misma expresión de bienvenida. En cambio, desplegó la tela y la alzó para presentarle una camisa negra, hecha especialmente para él. «Para lo que sirve, esta te quedará mejor». Lo miró fijamente y añadió: «La La camisa blanca está arruinada por la mancha de vino. Dio un paso al frente, levantó la camisa en el aire y se la abrió. "¿Nos vamos?"

—Oh, sí —replicó Lázaro, retrocediendo hacia la camisa mientras ella lo vestía—.

Sugirió: —Quizás podría fregar la otra camisa; he limpiado muchas túnicas manchadas de vino.

—¿Y de qué color eran esas túnicas? —preguntó con aire de suficiencia.

“Tonos de marrón; en su mayoría, lo eran.”

—Exactamente; no eran blancas. El blanco no perdona. Ahora puedes vestir de negro — de la cabeza a los pies— para que ya no te preocupen las manchas corruptoras del vino o del vicio, la vulgaridad u otras depravaciones que te ensucian. —Ajustó la camisa a sus alas, lo hizo girar y se ocupó de abotonarle la blusa. No ofreció más intercambio y mantuvo la vista fija en sus manos. Lázaro observó sus labios repetidamente.

Apretando los dedos con cada nuevo botón, como suele ocurrir cuando la destreza de los dedos disminuye con la edad.

Lázaro, con semblante sombrío, apartó la mirada. «Por favor, perdonen mi imprudencia; no quise manchar la camisa».

—Oh, no es la mancha —comentó apresuradamente—. No es nada.

“Entonces, ¿qué te preocupa?”

—Nada, digo. Y no deberías preocuparte por una viuda vieja y tonta como yo. Ahora, dame tu brazo.

Lázaro extendió el brazo mientras ella le arreglaba el puño. Él preguntó: «Por favor, dígame, si me lo permite, ¿en qué la he ofendido? ¿Puedo enmendarlo?».

La mujer rió burlonamente y puso los ojos en blanco, limitándose a enderezarle el otro puño.

Lázaro colocó suavemente una mano sobre la de ella y detuvo sus dedos. Por un momento, cuando sus Con la mirada fija en sus ojos, Lázaro vio el dolor en su expresión. De repente, ella apartó las manos, retrocedió y se cruzó de brazos. «No tienes derecho, Maestro Lázaro».

Lázaro dijo: “No lo entiendo. Si no es la camisa, ¿qué he hecho?”.

Ella negó con la cabeza y lo miró con los ojos entrecerrados. «No has hecho nada malo; y todo está como debe estar para ti. Ciertamente no me corresponde entrometerme en tus asuntos». Extendió brevemente la mano hacia él en señal de respeto y continuó: «Has disfrutado de un baño digno de un noble, un banquete de rey; y ahora vistes las mejores ropas. Además, eres cortés en todo sentido y tienes profundas convicciones sobre lo que consideras correcto e incorrecto, una cualidad que sin duda te será de gran utilidad. Aún más, gozas de excelente salud y vivirás una vida larga y plena, sin ataduras, salvo las tuyas y las de Dios. Y con todos tus méritos y bendiciones, ahora tienes la fortuna de saber que mi Señor tiene la intención de liberarte para que puedas volar lejos de aquí y olvidar este lugar atribulado».

Lázaro sonrió radiante de alegría. "¿Ha accedido a liberarme?"

Ella asintió y dijo solemnemente: «Eso sí lo tiene. Mi Señor es un hombre de buen corazón, incluso con aquellos que carecen de sus mismas virtudes».

Lázaro perdió la sonrisa. “Solo deseo ... lo que me pidió ... tal vez no lo sepas...”

“Lo sé todo, Maestro Lázaro, incluso más de lo que usted podría suponer.”

"¿Oh?"

Resopló, se puso las manos en las caderas y giró la cabeza enfáticamente mientras hablaba.

“En efecto, así es. He servido como doncella personal del señor D'Alcicourt y su

Los niños, durante la mayor parte de mis días. Estoy al tanto de todo lo que sucede, incluso mientras ocurre. Por lo tanto, sé que te ha brindado una cortesía sin parangón con ningún otro invitado distinguido que haya recibido en su casa. Sé que, incluso las botas... Los zapatos que llevas puestos pertenecían a su padre; y la blusa que ahora llevas puesta, le pertenece a él. Y sé que, aun con la escasez de alimentos, insistió en que disfrutaras de un festín que él mismo nunca pidió jamás; un banquete sin duda digno de nada menos que Su Majestad, el Rey de Francia. Y hoy, ahora sé, cuando le rogué una audiencia, insistiendo en que abriera las puertas de su habitación, que no nos salvarás de Hugon, a causa de tus propias convicciones.”

Abrió la boca para hablar, pero ella lo interrumpió: «Maestro Lázaro, hoy vi algo que solo he visto una vez en todos mis años: la inolvidable expresión de dolor que presencié el día en que mi señor se enteró de que su amada Lady D'Alcicourt y sus hermanos habían sido masacrados por Hugon en el castillo de Gildard . ¿Le gustaría saber qué fue lo que vi, Maestro Lázaro?».

Lázaro comenzó: "¿Qué hiciste...?"

—Lo abracé mientras lloraba, lloraba —espetó— , ¡como un niño pequeño! Se le llenaron los ojos de lágrimas; sin embargo, se contuvo y continuó: —Pero verás, no lloraba por sí mismo. No, no, conozco su corazón. Lloraba por nosotros, por todos nosotros a quienes no puede proteger. Sabe lo que Hugon nos hará y se siente impotente para impedirlo. Entonces tropezó hasta la mesa y cayó sobre el banco, cubriéndose el rostro con las manos. Estalló en lágrimas y sollozos ahogados.

Lázaro se quedó de pie junto a ella, sintiéndose completamente impotente. Se giró y miró hacia la puerta, quizás con la esperanza de que sus llantos fueran escuchados por otros que pudieran consolarla. Pero la puerta nunca se abrió a los lamentos de la mujer. Apretó la mandíbula y recorrió con la mirada las paredes, como si buscara un lugar escrito en ellas, las palabras adecuadas para consolarla , para aliviar su dolor y calmar el acelerado corazón. Era como si sus llantos brotaran de sus propios dolores reprimidos, como si llorara por todos, incluido él mismo. Y con cada nuevo estallido de dolor, sentía como si un cuchillo le cortara el pecho cada vez más profundamente, desgastando su esencia misma. En su interior, las emociones se agitaban; el dolor, la ira y la tristeza parecían brotar de algún recipiente profundo y roto. Lázaro miró a la afligida mujer, con el rostro entre las manos. Y la siguiente lágrima, la que buscaba, no rodó por su brazo, sino por su propia mejilla. Dos más Las lágrimas siguieron a las primeras. Y fue como si empezara a llover por todas partes, incluso en el Edén. Lázaro se mordió el labio y lloró por la familia muerta de la mujer, porque no podían llorar por ella. Lloró por sí mismo. Lloró por D'Alcicourt y su gente, porque tenían pocas esperanzas de salvación de Hugon. Y lloró por sí mismo porque no estaba preparado para ser más que su padre y salvar a cientos del Mal.

En su interior, las convicciones se transformaron en angustia e ira...

Golpeó la mesa con las manos, asustando a la mujer hasta dejarla en silencio.

—Maestro Lázaro, perdóname —suplicó la mujer, recomponiéndose.

Lázaro se secó rápidamente el rostro y respiró hondo. "Cumpliré sus órdenes. Si quieres, te busco..." otra audiencia con Lord D'Alcicourt."

"¡Oh, Dios mío, ¿nos salvarás?" La mujer se puso de pie de repente y se abalanzó sobre Lázaro con tal alegría que casi lo hizo perder el equilibrio.

Luego lo soltó y le secó la mejilla. Con una amplia sonrisa, le dijo: «¡Voy a buscar a mi señor ahora mismo! ¡Estará furioso!». Hizo ademán de darse la vuelta antes de agarrarlo del brazo. «¡Oh! ¿Necesita algo más, amo Lázaro?».

Pero Lázaro no respondió, ni siquiera la miró. Se quedó mirando fijamente la tosca puerta, absorto en el silencio.

La mujer siguió su mirada hasta la puerta. —¿Maestro Lázaro? —Se volvió hacia él.

“¿Qué va?”

Lázaro apartó la mirada de la entrada. "¿Qué significan los dos cuernos?"

Miró hacia la puerta buscando algún rastro de cuernos. —Ahí no hay cuernos, amo...

El estruendo de una trompeta lejana resonó por los pasillos inferiores del castillo y Lázaro señaló hacia la puerta, añadiendo: "Ahora un tercero, mientras los hombres gritan".

Ella se tapó la boca. La mujer simplemente miró a Lázaro, derramando su alma, completamente a través de sus ojos; y él vio su terror como el horror de una muerte inminente. La observó. Su tez estaba pálida como el color de su antigua camisa, tan blanca como, quizás, el efecto informe de un espectro. Ella permanecía allí, frente a él, aparentemente muriendo por dentro.

Solo el color de sus ojos permaneció inalterado, ya que el blanco de los mismos se oscureció hasta adquirir un tono carmesí y se llenó de lágrimas.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Y antes de que él pudiera calmarla, ella salió corriendo hacia la puerta y golpeó contra ella. "¡Abre! ¡Abre la puerta!"

Lázaro oyó el ruido de los guardias moviéndose mientras se acercaba a la mujer. "¿Qué ocurre?"

—¡Es Hugon! —exclamó mientras pateaba la puerta—. ¡Guardias, abran esta puerta de inmediato!

Lázaro se unió a ella, y bajo el golpe de su puño, la puerta tembló contra su marco.

La puerta se abrió de golpe para revelar a un grupo de soldados listos para la batalla. Lázaro reconoció su

plomo: un soldado gigante que tenía el pelo rojo por todas partes.

—¡Alabado sea Dios! —suspiró profundamente la mujer. Agarró a Lázaro—. ¡Ven, date prisa! Se inclinó hacia su oído y le susurró con vehemencia: «Con tus alas, podrías descubrir una vía de escape a través de la ventana más alta del castillo. Puedo llevarte allí». El soldado pelirrojo dio un paso al frente y se interpuso entre ellos. Apartó la mano de la mujer de Lázaro y le dijo: «El hombre volador se queda; tú vete». Llamó a dos guardias. «Acompañen a la mujer a la fortaleza interior. Debe atender a los heridos».

—¡Esperen! ¡No! —protestó, forcejeando contra el agarre de los dos guardias—. ¡No puede quedarse! ¡Quítenme las manos de encima! —La arrastraron hacia la puerta mientras ella luchaba y gritaba—. ¡Ha accedido a matar a Hugon! ¡Déjenlo ir! ¡Déjenme en paz!

El gigante rojo mantuvo a raya a Lázaro, presionando con firmeza su pecho mientras gritaba por encima de los gritos de la mujer: «¡No puede ir sin protección!». Les gritó a sus escoltas: «¡Fuera! ». “¡Con ella!” Sacó una daga y apuntó a Lázaro, murmurando: “¡Fuera contigo también!” Lázaro se adentró más en la habitación mientras el hombre corpulento retrocedía hacia la entrada y ladraba por encima del hombro: «Encerramos al hombre volador dentro y mantenemos esta puerta cerrada». Mientras los gritos resonantes de la mujer se ahogaban en una lejana oleada de alaridos superpuestos, Lázaro se apoyó en la mesa y observó al hombre pelirrojo sacar a sus soldados de la habitación. Y antes de que el hombre cerrara la puerta por completo, miró a través de la estrecha abertura. Lanzarse a preguntarle a Lázaro: "¿Aceptaste matar a Hugon?" Lázaro apretó la mandíbula y asintió.

Los ojos del hombre se hundieron en las botas de Lázaro mientras admitía: «Hugon se jacta de ser un hombre piadoso, pero vemos su carnicería. Y tú pareces un demonio; sin embargo, matarías al carnicero por nosotros». Negó con la cabeza. «Si los ángeles de Dios están con nosotros hoy, ruego que sepan, mejor que nadie, a quién debemos perdonar». Suspiró profundamente y asintió. «Si la decisión fuera mía, te daría mi espada y te dejaría ir». Entonces él se encogió de hombros. «Pero, ¿quién soy yo para capturarte o liberarte por mi propia voluntad? Tengo las manos atadas. Solo soy el hombre que empuña la espada». El soldado se retiró y encerró a Lázaro tras la tosca puerta, dejando a Eljo recordando el terrible destino de Naramsin: enterrado vivo y, sin duda, condenado a perecer por lo que era. Lázaro cruzó los brazos sobre la mesa y reflexionó sobre su terrible experiencia, preguntándose también cuál sería la verdadera causa y el medio de su resurrección. «Quizás», concluyó, «el pobre hombre en Cristo también reflexionó sobre su lugar en el mundo en aquellos últimos días».

Contempló la base de latón pulido del candelabro como si fuera el reflejo de sí mismo.

Lo miró fijamente. Se inclinó hacia el retorcido reflejo de sí mismo y examinó sus grotescos rasgos.

Como espejos engañosos de la tradición, la superficie brillante presentaba una nueva representación de él, con todas las facetas de un hombre sorprendentemente apuesto; ni rastro de orejas grandes, dientes de perro ni las características familiares del Eljo que realmente era.

—Mírame ahora, padre —dijo Lázaro con una leve sonrisa—, he renacido; a tu imagen y semejanza.

Soltó una risita seca, golpeó la mesa con la mano y gritó hacia la puerta y sus guardias: «¡Ya estoy aquí!» . «Miren» , exclamó sarcásticamente, señalando el candelabro. «Soy como ustedes; así que pueden liberarme . ¡ Ya no soy un hombre volador!».

Fingió reír y esperó una respuesta. Gotas de sudor le corrían por la mejilla . Sin embargo, solo oía las voces y los sonidos de los soldados, preparándose para la defensa. La sonrisa fingida de Lázaro se desvaneció.

Un soldado gritó desde afuera: "Esta puerta la defendemos con nuestras vidas".

Lázaro rebatió la orden del soldado, gritando: "Entonces, sujétalo , pero sujétalo abiertamente".

¡Para poder liberarme!

El soldado pareció ignorarlo, quizás continuando con los preparativos para la batalla.

Lázaro se quejó al espejo mentiroso: "¿Quieren protegerme negándome los medios para salvarme a mí mismo?" Se apartó de su reflejo distorsionado y suspiró, secándose una línea de sudor le corría por la frente.

"Trump-trump-trump—" El sonido de un golpeteo lento y constante resonó desde lejos.

Era profundo y resonante; el ruido podría haberse parecido al latido masivo e implacable del mundo entero, con sus continuas reverberaciones retumbando a través de cada superficie de piedra de la habitación. Lázaro permanecía sentado como una estatua, mirando las llamas giratorias del candelabro; aguzó el oído y, escuchando gritos y alaridos lejanos pero crecientes de asesinato y caos, parecía que se libraba una batalla, ahora dentro del castillo. A medida que el ruido de la muerte se acercaba cada vez más, de tal manera que los gritos antes indescifrables de los hombres se convertían en palabras audibles, en nombres distintos y llamadas a las armas de hombres decididos en guerra, Lázaro solo podía sentarse, escuchar, especular y preguntarse sobre su destino, bajo la mano de Hugon. «Padre», reflexionó en voz alta, «Desde el día de tu muerte, aparte de un tomo o manuscrito, salvo un mapa del mundo desgastado y roto, tal vez he reunido en tan poco espacio más de este lugar perverso de lo que cualquier abadía podría revelar. Cayó perdido entre las llamas. Una lágrima recorrió su mejilla.

~*~

Invariablemente, los hombres de Hugon arrollaban a los guardias de la puerta de D'Alcicourt , reemplazándolos con una nueva formación de hombres. Lázaro lo oyó todo , incluso las últimas palabras de un sentido

oración, cuando los arqueros de Hugon dejaron caer toda la formación donde estaban. Escuchó a soldados heridos suplicando a los hombres de Hugon , antes de que sus palabras se quedaran cortas, con un aullido o Gemido. Oyó las voces de mando que ordenaban a los hombres retirar los cuerpos y hacerse cargo de la puerta. Oyó la aprensión en las conversaciones de los guardias recién reemplazados, que susurraban entre sí sobre demonios voladores, monstruos horribles, la Gran Peste, malos presagios, revelaciones del Mal y otras profecías de oídas . En efecto, Lázaro lo oyó todo , y ya había oído suficiente.

Observó fijamente el candelabro. Una a una, las velas se apagaron y se consumieron. Y bajo la luz de la última mecha encendida, divisó un reflejo muy diferente y grotesco de sí mismo. Entre las nuevas formas y ángulos de la base de latón del candelabro, y desde un nuevo ángulo, encontró a un hombre bestial, con orejas largas y un rostro alargado que bien podría haber parecido el hocico prominente y exagerado de un perro. Apretó la mandíbula, desechó la imagen distorsionada de sí mismo y dirigió su atención hacia la puerta, donde aún podía oír a los guardias susurrando y preguntándose en voz alta sobre él.

Se levantó de la mesa, agarró el candelabro y lo arrojó contra la tosca puerta; sus pedazos rotos resonaron en el suelo. «¡No soy un demonio volador! ¡No soy un monstruo! ¡Soy... !»

Recuperó el aliento, salió furioso y golpeó la puerta con el puño, gritando: “¿Quién es el verdadero monstruo, sino el hombre que mata a su hermano? ¿Y por qué causa? ¿Para custodiar la misma puerta, como lo hizo su hermano antes que él, y para retenerme aquí, cuando nunca he matado? ¡No, ustedes son los monstruos! ¡Ustedes son los demonios! ¡Ustedes son la peste de todo lo que existe !”

¡Bien y bueno! ¡Tú eres la peste!

Apenas unos centímetros de madera lo separaban de los guardias; sin embargo, no escuchó respuesta alguna, ni siquiera el sonido de pasos o respiraciones constantes. Se dio la vuelta y se recompuso con un un profundo suspiro.

Una abrumadora sensación de paz humilló a Lázaro; y con calma rodeó la mesa, dirigiéndose al lecho de heno y murmurando: «Tal vez soy lo que dicen». Cayó de rodillas sobre el colchón de paja y reflexionó sobre el destino de Naramsin. «El mundo les pertenece. No hay lugar para un ser que vuela...»

Lázaro cayó de bruces y buscó únicamente su mundo de sueños; esperando no despertar jamás; y no volver a enfrentarse jamás a la pesadilla que había llegado a conocer como el mundo de los hombres. En verdad, anhelaba un lugar de oscuridad y profundas sombras, donde incluso los días fueran como la noche. No deseaba nada, salvo quizás, algo parecido a

El Reino del Vacío, donde todo es nada. Era ese desván desordenado de la Creación, donde se reunían todas las criaturas menos afortunadas y descartadas; como la mosca aplastada, el pez atrapado en la red, el cordero sacrificado, y tal vez incluso... monstruos voladores.

[Fin del capítulo 15]



Esta obra literaria fue creada exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~